



CAPÍTULO XXII.

Donde se da cuenta de la grande aventura de la Cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quijote de la Mancha.

GRANDES fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á Don Quijote, obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo, que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño.—No se pueden ni deben llamar engaños, dijo Don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de mas escelencia, advirtiéndole que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad, porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y mas cuando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza, y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que atendiese á grangear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La muger hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y cono-

cen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, añadió Don Quijote, opinion fué de no sé que sabio, que no habia en todo el mundo, sino una sola muger buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la muger con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria, que mirase mas á la fama que á la hacienda, porque la buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan á las honras de las mugeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger á tu casa, fácil cosa seria conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible; pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho y dijo entre sí:—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia, suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, yirme por ese mundo adelante predicando lindezas, y yo digo dél, que cuando comienza á en hilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima, que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor y preguntóle:—¿Qué murmuras, Sancho?—No digo nada, ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo estaba diciendo entre mí, que quisiera haber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho, antes que me casara, que quizá dijera yo agora: El buey suelto bien se lame.—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho?—No es muy mala, respondió Sancho, pero no es muy buena; á lo menos no es tan buena como yo quisiera.—Mal haces, Sancho, dijo Don Quijote, en decir mal de tu muger, que en efecto es madre de tus hijos.—No nos debemos nada, respondió Sancho, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que enton-

ces súfrala el mesmo Satanas. Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió Don Quijote al diestro licenciado le diese una guia que le encaminase á la Cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos.—El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimesmo en toda la Mancha y aun en toda España: y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimesmo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa Cueva de Montesinos. En el camino preguntó Don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios.—A lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba: *El de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo, por sacarlas conformes á sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdenado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, á quien he de llamar: *Metamorfoseos*, ó *Ovidio Español*, de invencion nueva y rara, porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla y el Angel de la Madalena, quien el Caño de Vecinguerra de Córdoba, quienes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo¹, de la del Caño Dorado² y de la Priora³, y esto con sus alego-

¹ Estaba en el Prado, cerca de la puerta del convento de los PP. recoletos ácia la parte de adentro.
² Estaba en medio del mismo Prado, y era una de las que mas hermoseaban aquel paseo, tan renovado en este tiempo.
³ Esta Priora era la de Santo Domingo el Real, y la fuente estaba dentro de los jardines de Pala-

rías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mesmo punto. Otro libro tengo que le llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de grande erudicion y estudio, á causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quien fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con mas de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo:—Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza? Que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan.—Si seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria.—Así lo creo yo, respondió Sancho; pero dígame ahora ¿quién fué el primer volteador del mundo?—En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie: yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.—Pues, mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.—Tienes razon, amigo, dijo el primo; y dijo Don Quijote:—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho, á alguno las has oido decir.—Calle, señor, replicó Sancho, que á buena fé, que si me doy á preguntar y á responder, que no acabe de aquí á mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos.—Mas has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas, que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria. En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una

ció, ó huerta de la Priora, llamada así porque en lo antiguo fué de aquel convento, y se llamaba los Caños de la Priora, y no lejos de ellos estaban los Caños del Peral, que eran unas fuentes que todavia se conservan, aunque sin agua.

pequeña aldea, adonde el primo dijo á Don Quijote, que desde allí á la Cueva de Montesinos no habia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad.—Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo habia de ver donde paraba, y así compraron casi cien brazas de sogas, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la Cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho y Don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñían le dijo Sancho:—Mire vuesa merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga á donde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo: sí, que á vuesa merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta, que debe de ser peor que mazmorra.—Ata y calla, respondió Don Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entonces dijo la guia:—Suplico á vuesa merced, señor Don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones¹.—En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar) dijo Don Quijote:—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algun esquilon pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma sogas, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guie, y luego se hincó de rodillas y hizo una oracion en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:—Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hündirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces, no habrá imposible á quien yo no acometa y aca-

¹ Oh *Metamorfoseos*, que era su verdadero título.



be: y en diciendo esto, se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse, ni hacer lugar á la entrada, si no era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada, comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la Cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con Don Quijote en el suelo: y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantó, y viendo que no salían mas cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos que así mesmo entre los cuervos salieron, dándole sogas el primo y Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:—Dios te guie y la Peña de Francia¹ junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, valenton del mundo, corazón de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas, por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba Don Quijote dando voces que le diesen sogas y mas sogas, y ellos se la daban poco á poco, y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oirse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de sogas. Fueron de parecer de volver á subir á Don Quijote, pues no le podían dar mas cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la sogas con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando á su parecer, á poco mas de las ochenta brazas sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á Don Quijote, á quien dió voces Sancho, diciéndole:—Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondía palabra Don Quijote, y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al

¹ Título de una devota imagen que el año de 1409 se halló entre Salamanca y Ciudad Rodrigo, y para su mayor veneracion se fundó allí un convento de Padres Dominicos. [*Mariana*, Historia de España, lib. XIX, cap. 19.]

cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien, como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando á una y á otra parte, como espantado, dijo:—Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la mas sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de Don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto.—¿Infierno le llamas? dijo Don Quijote, pues no le llameis así, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compañía, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpilladera, dijo Don Quijote de la Mancha:—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.



CAPÍTULO XXIII.

De las admirables cosas que el estremado Don Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

LAS cuatro de la tarde serian, cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á Don Quijote, para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente.

A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la sogá caminar por aquella oscura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Dí voces, pidiéndoos que no descolgádes mas sogá, hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oirme. Fuí recogiendo la sogá que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimeró, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni como no, desperté dél y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto me tenté la cabeza y los pechos por certificarme, si era yo mesmo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los